

SAN MARTIN DE TOURS



<< Concédeme Señor un Corazón que escuche >> (1^o Rey 3,9).

✠ MARIO AURELIO POLI

Homilía de Nochebuena 24 de Diciembre de 2013

Nochebuena 2013

Navidad es la gran «novedad» de la historia humana. Todos los años volvemos a prestar atención a esta noticia, porque ocurre que en el rostro del Niño de Belén, Dios reveló el lenguaje del amor divino de Padre, y la liturgia de esta noche santa nos hace volver la mirada sobre el nacimiento de Jesús según lo transmiten las Sagradas Escrituras.

A este Niño que viene a poner una luz que el mundo no conocía, y a multiplicar la alegría que perdura, el cántico de coronación de Isaías lo llama: «Consejero admirable, Dios poderoso, Padre por siempre, Príncipe de la paz» (9,5). Sí, este Rey no necesita consejeros ni sabiondos del mundo. Él lleva en sí mismo la sabiduría y el consejo divino. Precisamente, en la fragilidad de un niño, Él manifiesta al Dios fuerte y trae sobre sus hombros justicia y verdad. Muestra así, frente a los poderes arrogantes del mundo, la fortaleza propia de Dios, que vence con su paz y con una justicia a la que precede la misericordia.

San Lucas nos ha ofrecido un texto sencillo y simple para entender lo que pasó esa velada: «Mientras se encontraban en Belén, le llegó el tiempo de ser madre; y María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue» (Lc 2,6-7). El Evangelio nos ha colocado ante una realidad que nos sigue deslumbrando, porque como único signo encontraremos a un niño envuelto en pañales. Nada tan humano y familiar. Con esta pedagogía que no deja de sorprendernos, ha quedado superada la distancia infinita entre Dios y el hombre. Dios no solamente se ha inclinado hacia abajo, como dicen los salmos; Él ha «descendido» realmente, ha entrado en el mundo, haciéndose uno de nosotros para atraernos a todos a sí. Este Niño es verdaderamente el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. La Navidad es esta realidad: Dios se ha metido en nuestra cotidianidad, ha querido ser uno de tantos. El papa Benedicto lo entendía como un

gesto de entrega divina, porque «Dios Niño se pone en nuestras manos, mendiga, por decirlo así, nuestro amor, infunde su paz en nuestro corazón». Enviando a su Hijo, Dios ha hecho pie en su propia creación, pero con el corazón y su mirada puestos en su creatura: los hombres y mujeres que se olvidaron de su origen divino. No tuvo en cuenta que no lo recibiéramos bien, porque sabía cómo vencer con la fuerza de su virtud nuestra frialdad e indiferencia.

La poesía cristiana lo sintetiza así: «Del Verbo divino, la Virgen preñada viene de camino, si le dais posada» (San Juan de la Cruz). De otra manera lo dice San Ireneo: «El Verbo de Dios se hizo también Hijo del hombre, para que el hombre se habituara a percibir a Dios y Dios a vivir en el hombre, conforme a la voluntad del Padre».

Podemos pensar: –Pero para aceptar estos relatos hay que tener fe. En realidad, la fe nos viene del mismo Niño que quiso entrar en nuestra vida así de pequeño, renunciando a su dignidad de Dios. La fe comienza cuando nos dejamos atraer por la pedagogía de un amor tan grande y lo dejamos entrar en nuestras vidas, a este Dios cercano y pequeño como un niño.

Como Él mismo lo ha dicho: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12). Dejemos que este resplandor interior llegue a nosotros, que se encienda en nuestro corazón la llamita de la bondad de Dios.

Ante el Niño Jesús podemos elevar una oración como eco de lo que escuchamos en las Escrituras: «Niño Jesús, Dios cercano y amigo de los hombres, te damos gracias por tu bondad, porque en cada Navidad nos recuerdas tu deseo de hacerte pequeño por nosotros; pero también te pedimos que cumplas la promesa que escuchamos en el profeta: “La paz no tendrá fin” (Is 9,6). Muestra tu poder. Esperamos anhelantes el dominio de tu verdad; que venga tu “reino de justicia, de amor y de paz”. ¡Esta es la Navidad que celebramos y hacemos fiesta en tu honor!».

✠Mario Aurelio Poli
Arzobispo de Buenos Aires